

Richard Holloway

Una pequeña historia de la religión



Richard Holloway fue obispo de Edimburgo y jefe de la Iglesia episcopal escocesa. Es un escritor y comunicador muy popular internacionalmente. Ha escrito más de veinte libros, entre los que destacan *Una moral sin dios* (2002) y *Leaving Alexandria: A Memoir of Faith and Doubt* (2012). Vive en Edimburgo, Reino Unido.

Escrita para lectores de todas las edades, esta es una rica, equilibrada, respetuosa e iluminadora historia de la religión desde los primeros tiempos de la humanidad hasta nuestro conflictivo presente. En una era de radicalización de las actitudes religiosas acompañada de una violencia destructiva, este libro ofrece un antídoto muy necesario. Al escribir tanto para los que tienen fe como para los que no creen, Holloway alienta la curiosidad y la tolerancia. No sólo se adentra en las grandes religiones del mundo, el judaísmo, el islam, el cristianismo, el budismo y el hinduismo, sino que va mucho más allá. Examina también de dónde provienen las creencias religiosas, la búsqueda de esperanza y de un sentido a la vida y a la muerte a través de los distintos credos, la fascinación de hoy con la ciencia y el creacionismo, y la violencia de motivación religiosa.

RICHARD HOLLOWAY

Una pequeña historia
de la religión

Traducción de
Ana Bustelo Tortella

Galaxia Gutenberg

Edición al cuidado de María Cifuentes

Título de la edición original: *A Little History of Religion*

Traducción del italiano: Ana Bustelo Tortella

Publicado por:
Galaxia Gutenberg, S.L.
Av. Diagonal, 361, 2.º 1.ª
08037-Barcelona
info@galaxiagutenberg.com
www.galaxiagutenberg.com

Edición en formato digital: octubre 2017

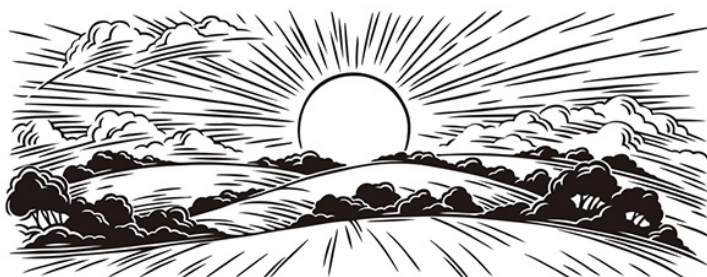
© Richard Holloway, 2016
© de la traducción: Ana Bustelo Tortella, 2017
© Galaxia Gutenberg, S.L., 2017

Conversión a formato digital: María García
ISBN Galaxia Gutenberg: 978-84-17088-67-5

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra sólo puede realizarse con la autorización de sus titulares, a parte las excepciones previstas por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita reproducir algún fragmento de esta obra (www.conlicencia.com; 91 702 19 70 / 93 272 04 45)

A Nick y Alice, con amor

CAPÍTULO 1



¿Hay alguien ahí?

¿Qué es la religión? ¿De dónde procede? La religión surge de la mente del animal humano, de modo que viene de nosotros. No parece que el resto de los animales de nuestro planeta necesiten una religión, y, por lo que sabemos, no han creado ninguna. Esto se debe a que están más en armonía con sus vidas que nosotros. Actúan por instinto. Se dejan llevar por los vaivenes de la existencia sin pensar en ello todo el tiempo. El animal humano ha perdido esa capacidad. Nuestros cerebros se han desarrollado de una manera que nos hace conscientes de nuestra existencia. Nos interesamos por nosotros mismos. No podemos dejar de preguntarnos por todo. No podemos dejar de pensar.

La cosa más grande en la que pensamos es el propio universo y de dónde surgió. ¿Lo creó alguien? La palabra que utilizamos para hablar de este posible alguien o algo es «dios», *theos* en griego. Alguien que cree que existe un dios se llama «teísta». Los que creen que no hay nadie y estamos solos en el universo se llaman «ateos». El estudio de dios y de lo que él quiere de nosotros se llama «teología». La otra gran pregunta que no podemos evitar hacernos es

qué pasa después de la muerte. Cuando morimos, ¿se acabó? ¿O hay algo más? Si hay algo más, ¿cómo es?

Lo que llamamos religión fue nuestro primer intento de contestar a estas preguntas. La respuesta a la primera fue sencilla. El universo lo creó una fuerza superior que algunos llaman dios, y se sigue interesando por su creación, sigue tomando parte. Todas las religiones ofrecen versiones diferentes de lo que es el poder de dios y de lo que dios quiere de nosotros, pero todas creen en su existencia de una forma u otra. Creen que no estamos solos en el universo. Más allá de nosotros hay otras realidades, otras dimensiones, que llamamos «sobrenaturales» porque están fuera del mundo natural, del mundo inmediatamente accesible para nuestros sentidos.

Si la creencia más importante de la religión es la existencia de esa realidad que llamamos dios y que está más allá de este mundo, ¿qué fue lo que la originó y cuándo? Fue hace siglos. De hecho, no parece que haya habido ninguna época en la que los seres humanos no creyeran en la existencia de un mundo sobrenatural más allá de este. Es posible que todo empezara cuando el hombre se preguntó qué le pasaría después de morir. Todos los animales mueren, pero a diferencia de los demás, los humanos no dejan que sus congéneres se descompongan en el sitio en el que han muerto. Hasta donde hemos podido estudiar, los hombres siempre han hecho funerales para sus muertos. Y la forma en que los llevan a cabo nos da información sobre sus creencias más tempranas.

Esto no quiere decir que otros animales no se aflijan por la muerte de sus compañeros. Hay muchas pruebas de que también se ponen tristes. En Edimburgo hay una estatua famosa de un pequeño perro llamado Bobby Greyfriars que da testimonio de la pena que puede sentir un animal cuando pierde a alguien. Bobby pasó los últimos catorce años de su vida sobre la tumba de su amo muerto, John Gray, y finalmente murió en 1872. No hay duda de que Bobby

echaba de menos a su amigo, pero fue la familia humana de John Gray quien le hizo un funeral y lo enterró en el Cementerio Greyfriars para que encontrara el descanso. Es el enterramiento, precisamente, uno de los actos más característicos del ser humano. Entonces, ¿qué es lo que impulsó a los hombres a enterrar a sus muertos?

Lo primero que percibimos cuando alguien muere es que algo que le pasaba antes, ya no le pasa.

No respira. Descubrir eso fue un pequeño paso para asociar el hecho de respirar a la idea de que hay algo que mora en nuestro interior, separado del cuerpo físico, que le da la vida. En griego esto se llama *psyche* y en latín *spiritus*. Ambas palabras vienen de verbos que significan respirar o soplar. Un espíritu o un alma era lo que hacía que un cuerpo viviera y respirara. Habitaba el cuerpo durante un tiempo. Y cuando el cuerpo moría el alma partía. Pero, ¿adónde? Una explicación es que regresaba al mundo del más allá, al mundo de los espíritus, al otro lado del mundo que habitamos en la Tierra.

Lo que descubrimos de los primeros ritos funerarios apoya esta idea, a pesar de que nuestros antepasados no nos dejaron más que vestigios silenciosos de lo que podían haber estado pensando. No se había inventado la escritura, así que no podían dejar sus pensamientos o describir sus creencias de forma que lo podamos leer hoy. Pero nos dejaron algunas pistas y vamos a empezar a examinarlas. Para encontrarlas tenemos que ir al pasado, miles de años antes de la era cristiana, un concepto que necesita una explicación antes de seguir adelante.

Es lógico tener un calendario global o algún modo de fechar acontecimientos que ocurrieron en el pasado. El que manejamos actualmente lo inventó el cristianismo en el siglo vi de la era cristiana, lo cual es una muestra de la inmensa influencia que la religión ha tenido en nuestra historia. Durante miles de años la Iglesia católica ha sido uno de los grandes poderes del planeta; tanto es así, que fijó el ca-

lendarario que casi el mundo entero sigue utilizando hoy. El hecho en torno al que organizó este calendario fue el nacimiento de su fundador, Jesucristo. Su nacimiento marca el año uno. Hasta hace poco, para hablar de lo que ocurrió antes se utilizaba a.C. o antes de Cristo. Todo lo que ocurrió después se decía que ocurría en el *anno Domini* (el año del Señor) o d.C., después de Cristo.

En la actualidad a.C. y d.C. se han reemplazado por AEC (o a.e.c.) y EC (o e.c.), que se pueden traducir con o sin un toque religioso: antes de la era cristiana o antes de la era común, y la era de Cristo (o cristiana) o la era común. (También se puede encontrar, aunque es menos habitual, e.v., *era vulgaris*, que significa «era común» en latín). Así que hay donde elegir. En este libro voy a utilizar a.e.c. cuando me refiera a hechos que ocurrieron antes de Cristo o antes de la era común. Sin embargo, para evitar hacer el texto más farragoso, voy a ser más eficiente en el uso de e.c. y solo lo utilizaré cuando crea que es necesario. De modo que cuando aparece una fecha sin más, se entiende que ocurrió en la era cristiana o era común.

En cualquier caso, desde aproximadamente 130.000 a.e.c. en adelante encontramos evidencias de algún tipo de creencia religiosa por la forma en que nuestros antepasados enterraban a sus muertos. En las tumbas que se han excavado se ve que colocaban alimentos, herramientas y adornos, lo que sugiere que existía la creencia de que los muertos viajaban a algún tipo de vida después de esta y necesitaban estar preparados para el viaje. Otra práctica era pintar los cuerpos de los muertos con ocre rojo, tal vez para simbolizar la idea de que la vida continúa. Esto se descubrió en la tumba de una madre y su hijo en Qafzeh, Israel, que es uno de los enterramientos más antiguos que se conocen, del año 100.000 a.e.c. En la otra punta del mundo, en Australia, encontramos la misma costumbre en el lago Mungo, donde el cuerpo enterrado también está cubierto de ocre rojo y es del año 42.000 a.e.c. Pintar a los

muertos es una de las ideas más inteligentes de la humanidad, el pensamiento simbólico. Hay mucho pensamiento simbólico en la religión, por lo que merece la pena intentar comprenderlo.

Como ocurre con muchas palabras útiles, la palabra «símbolo» procede del griego. Quería decir reunir cosas que se habían separado, del mismo modo que se recomponen con pegamento los pedazos de un plato roto. Después su significado cambió y pasó a describir un objeto que representaba algo diferente. Todavía contenía el concepto de unir cosas, pero se había vuelto algo más complejo que pegar trozos de cerámica. Un buen ejemplo de símbolo es una bandera nacional, como la de las barras y las estrellas. Cuando vemos barras y estrellas nos viene Estados Unidos a la cabeza. Es el símbolo del país, a veces lo representa.

Los símbolos se convierten en algo sagrado para los pueblos porque representan lealtades más profundas de lo que las palabras pueden expresar. Por eso la gente odia que se violen sus símbolos. No hay nada malo en la quema de una tela vieja, pero si es el símbolo de nuestra nación nos puede llegar a enfurecer. Cuando los símbolos son religiosos, cuando son sagrados para una comunidad concreta, se convierten en algo todavía más potente; e insultarlos puede provocar una furia asesina. Mantengamos el concepto de símbolo en la cabeza, porque aparecerá una y otra vez en este libro. La idea que queríamos transmitir es que algo como el ocre rojo representa algo diferente, como la creencia de que los muertos van a vivir una nueva vida en otro lugar.

Otro ejemplo de pensamiento simbólico es la importancia que adquirió marcar el lugar donde descansan los muertos, especialmente si eran personajes poderosos y destacados. A veces se los instalaba bajo rocas gigantescas, a veces en cámaras de piedra construidas con sumo cuidado, que se llaman dólmenes y que consistían en dos piedras verticales que soportan una gran cubierta. Los monumen-

tos a los muertos más espectaculares de la humanidad son las pirámides de Guiza en Egipto. Además de ser tumbas, las pirámides se pueden ver como plataformas de lanzamiento desde donde las almas de sus ocupantes reales se proyectaban hacia la inmortalidad.

Con el tiempo, los ritos funerarios no solo se fueron haciendo más elaborados, sino que en algunos lugares se convirtieron en algo atterradoramente cruel, que conllevaba el sacrificio de esposas y sirvientes con el fin de que los difuntos disfrutaran de la misma comodidad y estatus en la otra vida. Es importante destacar que desde los inicios la religión tuvo una vertiente implacable con escasa consideración por la vida de los individuos.

Una buena interpretación de estas pistas es que nuestros antepasados entendían la muerte como la entrada a otra fase de la existencia, que ellos imaginaban como una versión de ésta. Y vislumbramos su creencia en un mundo más allá de éste, pero conectado con él, y la muerte como la puerta entre los dos.

Hasta aquí, se podría decir que las creencias religiosas se han adquirido por una serie de especulaciones bastante inspiradas. Nuestros antepasados se preguntaron por el origen del mundo y concluyeron que probablemente lo creó un poder superior. Observaron a los muertos y decidieron que sus espíritus habrían dejado los cuerpos que habitaban y se habrían marchado a otro lugar.

Pero hay un grupo importante en la historia de la religión que no adivina la existencia del mundo más allá o el destino de las almas que han partido. Nos dicen que lo han visitado o que han recibido una visita de allí. Han escuchado lo que la religión espera de nosotros. Han recibido la orden de contar a los demás lo que han visto y oído. Así que difunden el mensaje que han recibido. Atraen a los seguidores que creen en su palabra y que empiezan a vivir según sus enseñanzas. Los llamamos profetas o sabios. A través de ellos nacen las nuevas religiones.

Entonces pasa algo más. Sus seguidores se aprenden de memoria esa historia que cuentan. En un primer momento se comparte por medio del boca a boca. Pero con el tiempo se escribe sobre el papel. Entonces se convierte en lo que llamamos las Sagradas Escrituras. ¡La Biblia! ¡El libro! Y se convierte en el símbolo más potente de la religión. Es un libro físico, obviamente. Lo han escrito los hombres. Podemos rastrear su historia. Pero a través de sus palabras llega a nuestro mundo un mensaje del más allá. El libro se convierte en un puente que une la eternidad con el tiempo. Conecta lo humano con lo divino. Es por eso que se ve con un temor reverencial y se estudia con pasión; y por lo que los creyentes odian que se ridiculice o se destruya.

La historia de la religión es la historia de estos profetas y sabios, de los movimientos que ellos iniciaron y de las escrituras que se redactaron sobre ellos. Es un tema siempre cargado de polémica y desacuerdos. Los escépticos se preguntan si los profetas existieron realmente y dudan de las afirmaciones que hacen de las visiones que tienen y las voces que oyen. De acuerdo, es una duda razonable, pero no es ese el quid de la cuestión. Lo que es indiscutible es que los profetas existen en las historias que se cuentan de ellos, historias que todavía son significativas para miles de millones de personas hoy en día.

En este libro vamos a leer las historias que las religiones nos cuentan sobre sí mismas sin preguntar constantemente si los hechos ocurrieron así realmente. Pero como sería un error ignorar del todo esa pregunta, vamos a dedicar el siguiente capítulo a pensar en lo que estaba pasando cuando esos profetas y sabios tuvieron aquellas visiones y oyeron esas voces. Uno de esos profetas se llamaba Moisés.

CAPÍTULO 2



Las puertas

Supongamos que estás en el desierto del Sinaí en Egipto una mañana del año 1300 a.e.c. Es posible que te encuentres con un hombre descalzo y barbudo, arrodillado ante una zarza. Ves cómo él escucha atentamente a la zarza. Luego le habla. Después la escucha de nuevo. Finalmente, se levanta y se marcha a grandes zancadas, con un gesto decidido. Se llama Moisés, es uno de los profetas más famosos de la historia de la religión y el fundador de la religión judía. La historia que se escribirá sobre él más adelante dirá que un dios le habló desde una zarza en llamas y le ordenó que llevara a un grupo de esclavos que vivían en Egipto hacia la libertad en la Tierra Prometida de Palestina.

Para ti, el observador, la zarzamora no está ardiendo, está resplandeciente con sus bayas de color rojo. Mientras observas la atención con la que escucha Moisés, no puedes oír lo que le dicen, pero sí alcanzas a distinguir las respuestas de él. Pero no te quedas especialmente sorprendido por nada de esto. Tu hermana pequeña mantiene animadas conversaciones con sus muñecas. Tienes un primo que habla con su amigo imaginario, que es tan real para él como lo son sus propios padres. También puede que hayas oído

a discapacitados psíquicos que tienen intensas conversaciones con interlocutores invisibles. De modo que estás acostumbrado a la idea de que hay personas que oyen voces que nadie más puede percibir. Pero olvidemos a Moisés un momento y pensemos en quién le habla, que es invisible. Tu piensa en una realidad invisible fuera del tiempo y del espacio que puede comunicarse directamente con los seres humanos. Interioriza ese pensamiento y habrás captado la idea central de la religión. Hay un poder en el universo, más allá de la comprensión para nuestros sentidos físicos, y *se ha dado a conocer a personas especiales que proclaman su mensaje a los demás*. Por el momento, no estamos de acuerdo ni en desacuerdo con esta afirmación. Solo estamos intentando precisarla. *Hay una fuerza invisible ahí fuera a la que llamamos dios y ¡ha establecido contacto!* Esa es la afirmación. A medida que avancemos en esta historia, veremos que las diferentes religiones tienen diferentes versiones de esta misma afirmación y de lo que ha estado queriendo decirnos. Pero la mayoría dan por sentado que está ahí y que su manera de creer es la mejor respuesta a su existencia.

Volvamos a Moisés y pensemos en su lado de aquel encuentro en el desierto. Para ti la zarza no se estaba quemando, ni podías oír la voz de dios a todo volumen. Entonces ¿cómo pudo Moisés sentir el calor de las llamas? ¿Por qué escuchaba con tanta atención lo que la voz le ordenaba hacer y lo hizo? ¿Estaba todo en su cabeza, y por eso tú no podías ver lo que pasaba? ¿O es posible que su mente estuviera en contacto con otra mente fuera de nuestro alcance y comprensión? Si las religiones comienzan con experiencias en la mente de sus profetas y sabios, y si queremos darles una oportunidad y no descartarlos como fantasía, vamos a tener que pensar si puede haber personas abiertas a realidades para las que el resto de nosotros estamos ciegos y sordos.